

poder apaciguar la cólera del Señor? Yo no soy más que un pecador y un hombre miserable; con todo volveré á mi celda, y para obedecer á vuestra Santidad, me postraré delante de él para suplicarle, como me mandais, que nos haga experimentar los efectos de su bondad, *él cuyas misericordias se posan por encima de todas las obras* (Psal. 144-2); y si después de tres dias no llueve, por esto conoceréis que no ha juzgado conveniente el oír mis súplicas; pero á fin de que sean más eficaces, á las mías juntad también las vuestras. »

Se retiró después de haber hablado así; era este el tercer día del mes de setiembre. Al día siguiente el calor fué tan excesivo, que muchos de los obreros que habían empleados para construir hoyos se vieron obligados á retirarse, contando volver al día siguiente; pero al principio de la noche se levantó un viento del mediodía, acompañado de relámpagos y truenos, y cayó una lluvia tan extraordinaria, que antes de amanecer todos los acueductos estuvieron llenos, los torrentes se desbordaron, las fosas que habían hecho quedaron colmadas, y los instrumentos de los obreros hundidos bajo las aguas. Todos los depósitos de la ciudad quedaron igualmente llenos, y la fiesta de la dedicación de la Iglesia, que se creía pasarla con mucha tristeza, se celebró con la mayor alegría.

El patriarca Juan murió después de haber ocupado la silla de Jerusalén siete años y tres meses. San Sabas andaba entonces sobre sus ochentiseis años. Tres años después, el emperador Justino ya viejo y enfermo, asoció al imperio á Justiniano, hijo de su hermana, y sólo le sobrevivió tres meses, después de haber reinado nueve años. En fin, Pedro, natural de Eleuterópolis, sucedió al patriarca Juan. Tuvo por san Sabas la misma estimación que sus predecesores, y con frecuencia le visitaba en su soledad. Tenía una hermana llamada Hesiquia, llena de mérito y de piedad, y

que dió á nuestro Santo ocasión de hacer resplandecer la gracia de los milagros con que Dios le había favorecido. Cayó gravemente enferma, y los médicos desconfiaban de su curación. Pedro, en extremo afligido, fué á recibir consuelo cerca del Santo, y le rogó que fuera á su casa para hacer oración por ella. San Sabas, quien no sabía negarse á los obras de caridad, se fué al momento, hizo su oración, y por la virtud de la señal de la cruz le volvió la salud. Este milagro llegó á conocimiento de toda la ciudad, que por ello rindió acciones de gracias á Dios.

Mientras él gobernaba en paz á estos solitarios, Dios llamó de esta vida á su cooperador en el gobierno, el gran san Teodosio el Cenobita, cuya vida exponemos bien pronto. San Sabas contaba á la sazón noventa y cuatro años, y cuatro años después se vió obligado á hacer un segundo viaje á Constantinopla por la razón que vamos á exponer. Los Samaritanos, desenfrenados contra el cristianismo, habían tomado las armas, saqueaban y quemaban las iglesias y los pueblos enteros, y despedazaban sin distinción á todos los cristianos que encontraban; de tal modo, que para estos ya no había seguridad en las vías públicas. Habían ejercido estas hostilidades principalmente al rededor de Samaría. Se habían hecho dueños de esta ciudad y habían coronado emperador á un hombre de su nación, llamado Juliano; luego habían degollado al obispo Amonas y despedazado á los sacerdotes, de los cuales, por un furor inaudito, habían hecho freír los miembros con reliquias de mártires. El emperador lo supo, y envió tropas organizadas, que mataron muchos, y entre otros, á su pretendido emperador.

Durante esta guerra, Silvano Samaritano, muy poderoso y gran enemigo de los cristianos, tuvo la osadía de entrar en Escitópolis como en tiempo de paz, sin orden del emperador; al momento fué cogido por los cristianos y que-

mado en medio de la plaza, como hemos dicho más arriba que san Sabas lo había pronosticado diez años antes.

Arsenio, hijo de Silvano, estaba á la sazón en Constantinopla, condecorado con el titulo de ilustre, y en privanza cerca del emperador y de la emperatriz. Presentó sus quejas al emperador por la muerte de su padre, haciéndole falsas relaciones, que le irritaron contra los habitantes de la Palestina. El patriarca Pedro y los obispos de su dependencia rogaron á san Sabas que fuera á la corte, para obtener del príncipe una remisión de los impuestos á causa de las devastaciones de los Samaritanos, y el Santo, quien emprendió este viaje en un espíritu de caridad, partió el mes de abril.

El patriarca Pedro escribió al emperador anunciándole el viaje del Santo, lo que le causó singular alegría. Mandó que fueran á recibirle sus galeras, con el patriarca Epifanio, Hipaco, obispo de Efeso, y otro obispo llamado Eusebio. Estos obispos le condujeron en son de triunfo al palacio, y habiendo sido introducido con ellos debajo del palio, el emperador vió sobre su cabeza una corona de luz; de suerte que, movido por un profundo respeto, corrió á postrarse delante de él, le besó la cabeza teniendo el corazón enternecido y los ojos bañados con lágrimas de alegría y le pidió su bendición. En seguida le hizo entrar al gabinete de la emperatriz Teodora, la cual se postró y le dijo: « Padre mío, orad por mí para que Dios me dé un hijo. » El santo le respondió: « Que el Dios de gloria conserve vuestro imperio en la piedad y en la victoria. »

La princesa quedó afligida por no haber respondido á su demanda; y cuando hubo salido de la audiencia, los Padres que le acompañaban le preguntaron la razón de ello, y él les dijo: « Creedme, Padres míos, no saldrá fruto de ese vientre, por temor de que sea nutrido con la doctrina

de Severo, y perturbe á la Iglesia más de lo que ha hecho Anastasio. »

Los abades fueron albergados en el palacio, y habiendo san Sabas entregado al emperador las demandas de las iglesias de Palestina, reconoció las calumnias de Arsenio el Samaritano, y su cólera se volvió contra los de su nación. Hizo una constitución por la cual les fué prohibido tener sinagogas, ejercer cargo alguno público, sucederse los unos á los otros, y hacerse donaciones. También mandó que se hiciese morir á muchos, principalmente á los gefes y sediciosos, y en esta ocasión Arsenio, que era del número, se escondió; después recurrió al Santo, que aun estaba en Constantinopla, y se hizo bautizar con todos los suyos.

Algunos días después el emperador hizo llamar á san Sabas, y le dijo: « Yo sé, Padre mío, que vos habeis fundado muchos monasterios en el desierto. Pedid la renta que querais para el sustento de los monjes, á fin de que rueguen por nosotros y por nuestro imperio. » A lo cual respondió el Santo: « Los monjes que ruegan por vuestra piedad no tienen necesidad de esas rentas, su porción es el Señor, quien en otro tiempo hizo llover el pan del cielo sobre un pueblo incrédulo y rebelde. Nosotros solamente os pedimos la exención de los impuestos para los cristianos de la Palestina; el restablecimiento de las iglesias incendiadas por los Samaritanos con un subsidio para los fieles que fueron robados y reducidos á un pequeño número; un hospital en Jerusalén para los enfermos extranjeros; también os pedimos que concluyais la construcción de la iglesia de la Madre de Dios, que el patriarca Elías había empezado; y en fin, que mandeis edificar un castillo sujeto á los monasterios que yo he fundado, para ponerlos á cubierto de las incursiones de los Sarracenos. Yo espero que en recompensa de estas cinco obras, Dios añadirá á vuestros Estados, el Africa, Roma y lo restante del imperio de Hono-

rio, que vuestros antecesores perdieron ; siempre á condición que debeis librar á las iglesias de tres herejías, de la de Arrio, de Nestorio y de Orígenes. »

El historiador hace notar que por los arrianos, se entendían los Godos, los Visigodos, los Vándalos, los Jepidos, que eran arrianos y dominaban en el Occidente ; y por los nestorianos, los defensores de Teodoso de Mopsuesta ; pues se reconocieron como tales algunos de los monjes que habían ido con él, quienes se declararon en las discusiones que tuvieron en la ciudad con los eutiquianos. Añadió á los origenistas, porque se había hallado uno de ellos, llamado Leóncio, natural de Constantinopla, quien, bajo pretexto de defender el santo concilio de Calcedonia, sostenía la doctrina de Orígenes. Así es que san Sabas lo echó de su compañía, y á todos aquellos que estaban adheridos á Teodoro de Mopsuesta.

El emperador le concedió cuanto le había pedido, y en consecuencia envió las órdenes á Pedro, patriarca de Jerusalén, y á los magistrados de Palestina, de suerte que las aldeas que habían sido devastadas ó incendiadas por los Samaritanos fueron descargadas de los impuestos á proporción del daño que habían sufrido ; las iglesias quemadas fueron reparadas ; la que el patriarca Elías había principiado fué concluida y adornada con magnificencia. Se edificó también un hospital en la santa ciudad, al cual el emperador concedió una renta de tres mil siete cientos sueldos de oro para dos cientos enfermos ; y por fin hizo construir el castillo para la defensa de los monasterios del Santo, poniendo en él una guarnición ; así cumplió sus cinco demandas, y Dios también cumplió en su favor cuanto el Santo le había predicho, como lo refiere más por estenso el historiador Cirilo.

Mientras el emperador estaba ocupado con el cuestor Tribuniano en hacer redactar sus órdenes, san Sabas se

retiró para rezar el oficio de Tercia. Jeremias, su discípulo y diácono de la gran laura, quien le había acompañado, se le acercó y le dijo : « Vos veis, mi venerable Padre, que el emperador manifiesta tanto interés en cumplir con vuestras demandas, ¿ y vos lo dejais así ? Él le respondió : *Hijo mío, ellos cumplen con su deber, cumplamos también con el nuestro.* »

En fin, Justiniano habiendo dado sus órdenes y satisfecho plenamente los caritativos deseos de san Sabas, le dejó en paz. Regresó, pues, á Palestina el mes de setiembre, y se fué enseguida á Jerusalén para publicar allí las órdenes del príncipe. El patriarca Pedro y los otros obispos que se hallaban en la ciudad le rogaron que también fuese á publicarlas á Cesárea y en Escitópolis y que las hiciera ejecutar ; lo que hizo. Luégo volvió á Jerusalén, donde visitó los santos Lugares como para decirles adios, y se retiró á su laura.

Cayó enfermo poco tiempo después ; lo cual así que el patriarca Pedro lo supo, se apresuró á ir á visitarle. En su celda no encontró más que algunas vainas y viejos dátiles, tan grandes eran su pobreza y su mortificación. Él mismo lo quiso cuidar, y al efecto lo hizo trasladar á su casa episcopal, en donde le sirvió con sus propias manos.

Pero pasado algún tiempo, el Santo tuvo revelación de que su fin estaba próximo, de lo cual le dió parte, rogándole que le condujera á la laura. El patriarca, que quería complacerle en todo, lo hizo trasportar á ella con el servicio necesario ; y allí, este santo varón, echado en su pequeña torre, habiendo llamado al principio de diciembre á los Padres de la laura, les dió, para sucederle en el cargo de abad, á Melito de Berita, á quien exhortó á conservar fielmente las tradiciones de sus monasterios, las que le dió por escrito, Pasó los cuatro días siguientes sin tomar nada y sin ver á nadie, y el sábado por la noche, después de haber pedido y recibido la santa comunión, dijo : « *Dios mío,*

yo pongo mi alma entre vuestras manos (Psal. 30-6), y murió. » Era el 5 de diciembre, el sexto año de Justiniano, y el 531 de Jesucristo. El monje Cirilo ordena así la cronología de su vida. Fué á Palestina á la edad de dieciocho años. Moró diecisiete años en el monasterio ; pasó cincuenta y nueve, ó en el desierto ó en la grande laura, y murió á la edad de noventa y cuatro años.

Sus exequias se hicieron con la mayor pompa. A ellas asistieron de todos los lugares del rededor un sin-número de monjes y un pueblo inmenso. El patriarca de Jerusalén, acompañado de muchos obispos y de los principales de la ciudad, también asistió, y depositaron su venerable cuerpo en el sitio donde él había visto la columna de fuego de que hemos hablado, entre las dos iglesias. A fines del siglo doce aun se veía su sarcófago cubierto de mármol.

« No obstante ; dice el historiador Cirilo, su muerte mas bien se debe llamar un sueño, puesto que habiendo vivido tan santamente, se le pueden aplicar estas palabras del Sabio : *Las almas de los justos están en la mano de Dios, ellos no sufrirán el tormento de la muerte* (Sap. 3-1). Añade que su cuerpo estaba en su tiempo tan fresco y entero como al morir, y que él mismo lo había visto, habiendo bajado espresamente á su tumba para honrar esta preciosa reliquia, cuando pusieron en ella el cuerpo del bienaventurado. Pero aunque Dios glorificase así los despojos corporales de su siervo, ha glorificado aún más su alma por los milagros que ha operado en favor de aquellos que le han invocado con confianza. »

---

#### SUCESORES Y DISCIPULOS DE SAN SABAS<sup>1</sup>

El celo de san Sabas no se limitó en fundar la célebre laura que ha llevado su nombre hasta el presente. El deseo de hacer glorificar á Dios, y de consagrarle corazones con la profesión religiosa, le animó á fundar iglesias y monasterios en cuanto pudo. Hemos visto en su vida que aparte su grande laura construyó un monasterio para los Armenios, otro en el Castillo, una casa de noviciado para aquellos que abandonaban el siglo ; otro monasterio en la torre de David ; uno cerca de Escitópolis ; otro en Nicópolis ; el de la Gruta, el de la torre de Sudoxia ó el Escolario, y el de Heptastoma, á lo cual se debe añadir el que se llamó la nueva Laura. Sobre todos estos diferentes monasterios nada tenemos que añadir á lo que hemos dicho en la vida del Santo.

La grande laura, que se llamó así para distinguirla de la nueva y de las otras, dió á la Iglesia y al estado monástico, hombres eminentes en santidad y mártires, de los cuales diferimos el hablar, por no prevenir el orden de los tiempos. No produjo tan opimos frutos la nueva laura. Como había sido la obra de la rebelión, como lo hemos explicado en la vida del Santo, no tuvo la misma parte que la grande en las bendiciones particulares del Señor.

Hemos visto que san Sabas dió por abad á aquellos que en ella se habían retirado un religioso llamado Juan, á quien Dios había favorecido con el don de profecía. Los gobernó

<sup>1</sup> El monje Cirilo, Surio, los Bolandistas, Bulteau.